

NÚMERO 138 — TOMO VIII

15 DE MAYO DE 1926

# Reproducción

---

Director:

Elías Jiménez Rojas

SAN JOSE DE COSTA RICA

Apartado 230

---

*Administración:* BOTICA LA DOLOROSA

Imprenta Trejos Hnos.

29388

Apartado R R

Teléfono 285

Imprenta

Librería

Encuadernación

Papelería



---

# Trejos Hnos.

---

Participaciones  
de matrimonio

Invitaciones

Libros de caja

Memorandums

Facturas

Cheques ◊ Recibos

Calonarios

Libros en blanco

Tarjetas

Menús, etc. etc.



Cumplimiento  
en la entrega  
de trabajos.

# REPRODUCCION

No 138 \* 15 de Mayo de 1926 \* Tomo VIII

Director, ELIAS JIMENEZ ROJAS

San José, Costa Rica — Apartado No. 230

---

---

Reminiscencias de la ciudad de San José

## La Plaza Principal

Somos ya naturalmente pocos los nativos de esta ciudad que podemos hablar de su primera plaza pública llamada Principal, convertida en Parque Central a mediados del año de 1885, y más que hablar de ella, representárnosla con la imaginación como la veíamos allá por los años de mil ochocientos setenta y tantos.

Toda edad tiene su lado bueno, y es en la vejez cuando se puede pensar plácidamente en lo que sucedió muchos años atrás o en las personas y cosas que fueron. ¡Cuántas veces al verme algún joven amigo paseándome en ese parque en horas de sosiego, y al parecer sumido en triste meditación, me ha preguntado finamente por

la causa de ello, sin sospechar que en tales momentos mi pensamiento vaga por otro mundo invisible, tan vivo en la mente como el actual, pero muy distinto!

Para los que nacimos y nos criamos a corta distancia de la Plaza Principal, ésta se halla estrechamente unida a los recuerdos de la primera edad.

Era en la plaza donde se efectuaban todos los días por la mañana y tarde, las paradas de la guarnición del Cuartel Principal, situado al norte de ella, en el edificio que andando el tiempo se dedicó a escuela pública y que ha sido últimamente abandonado, y las cuales constituían una distracción amena para todos, cuanto más para los muchachos. Continuaron, por supuesto, en el parque hasta que fueron suprimidas, hace unos veinte años.

Cuando no existía el Mercado de San José, en la misma plaza había una pintoresca feria el sábado, para que los habitantes de la ciudad se proveyesen de los víveres indispensables. Lo cual no significa que sólo víveres se pusieran a la venta, pues para todo negocio compatible con las circunstan-

cias había lugar, hasta para el de los divertidos charlatanes vendedores de específicos maravillosos o de objetos raros. De ahí proviene la vieja expresión de *ir a la plaza* como equivalente a ir a hacer las compras de las cosas que en la plaza se ofrecían a la venta.

Los muchachos en general teníamos que ir a la plaza, si no a comprar personalmente, que los más hubimos de hacerlo cuando mayorcitos... de ocho años, a cuidar, por lo menos, de lo comprado y acarrearlo al hombro o en carretoncillos. No necesito decir que el sábado no había escuela. Además, la plaza servía, como era natural, para toda clase de espectáculos, como los de circo de acróbatas y animales, quema de Judas, elevación de globos de trapo, *turnos*, bailes públicos, etc.

Desde que me dí cuenta de la plaza, tenía ella su verja y fuente de hierro, que conserva aún, a despecho de los que quisieran quitárselas por viejas. Asimismo tenía faroles sobre postes también de hierro, por el estilo de la verja, algunos de los cuales sostienen actualmente la enramada contigua al quiosco de la música. Y estaba som-

breada por los hermosos y enormes higuerones que fueron arrancados antes de enladrillar las callejuelas del parque.

De las paradas militares diarias, he dicho que servían de diversión amena. No faltará quien las eche de menos, particularmente las matutinas, porque durante éstas tocaba la banda las mejores piezas de baile de su repertorio, entre ellas los inolvidables valeses hasta de doce y más partes, precedidas de una introducción sentimental en que el autor expresaba los motivos de su composición. De chiquillo me parecían divinos y dignos de ser bailados en la propia plaza, como de vez en cuando lo hacía una de las locas que correteaban por la ciudad y que, enfurecidas por los muchachos fogosos, nos hacían a todos huir. La extensión de la parada de la mañana dependía por lo regular de las aficiones musicales del oficial que la presidía. Los chiquillos que conocíamos a los oficiales de servicio, podíamos barruntar por el que llegaba cuándo iba a ser *buena* la parada. Había un oficial, por cierto, que empleaba largo rato para revisar

las armas y aperos de la tropa, constante de poquísimos soldados, generalmente mal vestidos y descalzos; y por haber yo sabido las burlas de que le hacían blanco algunos de los músicos, me fijé en los medios de que él se valía para prolongar su sencilla tarea. Uno de los medios consistía en detenerse a cada instante, sacar del bolsillo de pecho de la galoneada levita un pañuelo de seda, impregnado de un fuerte perfume que, según los burlescos, podía marear a un caballo, y pasárselo por la cara con ademán de enjugarse el sudor. Por mi parte, a fuer de agradecido, dedico a la memoria de ese oficial este recuerdo espontáneo. Si al oficial no le agradaba la pieza elegida, ordenaba que se callara la banda, de la manera correspondiente, y luego, que volviera a tocar. Mas, ocurría que el jefe inmediato de la banda se empeñaba a veces en incomodar al oficial con alguna otra pieza que tampoco le gustara, y entonces, impuesto de nuevo el silencio, seguía la parada sin música, al puro sonido del tambor de órdenes. En la parada de la tarde, se tocaban invariablemente dos piezas

de ordenanza, una de las cuales parecía una sinfonía burlesca, pues se oía cada instrumento por separado.

No me acuerdo de haber oído en la plaza ningún concierto propiamente dicho. La retreta por la banda militar no se daba para solaz del público, como ahora sucede, salvo casos extraordinarios, sino para el del Presidente de la República. Así fuera muy angosta y fea y lodosa la calle en que vivía ese funcionario, en ella era la retreta. En ocasiones tenían los músicos que conseguir pedazos de tabla o de ladrillo para ponerlos sobre el charco en el punto en que debían estar de pie para tocar. Sin embargo, aunque nunca lo ví, entiendo que la banda tocaba en la plaza en las noches de las Fiestas Cívicas, para que bailaran gentes disfrazadas, puesto que se iluminaba el centro alrededor de la fuente con linternas colgantes, y se ponían asientos. Los bancos del lunetario del Teatro Municipal, con todo y sus almohadillas, eran llevados en tales casos a la plaza, ni más ni menos que como ahora suelen ser llevadas las buenas sillas del

Teatro Nacional ahí donde se les antoje a los señores gobernantes.

Para el aniversario de la Independencia en el año de 1876, adornaron e iluminaron de modo especial la plaza. Encima de la fuente colocaron una especie de monumento de madera y tela pintada, coronado con la figura de bulto de una india de la época de la Conquista. El 15 de setiembre fué viernes y los festejos duraron hasta el domingo. Un feliz acontecimiento de carácter privado coincidió con ellos, y eso grabó las fechas en mi memoria.

Respecto a la quema de Judas, el espectáculo de la mañana del domingo de Pascua, nada podría decir mejor que lo que otros han dicho. A él se refiere el escritor irlandés Tomás Francis Meagher en sus artículos publicados en los Estados Unidos con el título de «Vacaciones en Costa Rica» (año 1858), según la versión española hecha por el escritor costarricense don Ricardo Fernández Guardia, como se lee en los siguientes párrafos:

«La plaza estaba atestada de gente, así como la espaciosa explanada y las

gradas de la catedral. En los balcones y ventanas de las casas que daban a la plaza y en los de las casas que hacia ella convergían, se apiñaban los espectadores. Todos estaban excitados, todos se ponían de puntillas, todos estaban impacientes, inquietos y nerviosos. ¡Había algo en el aire!

«Por encima de las cabezas de la muchedumbre, en el centro de la plaza, había cuatro filas de relumbrantes aceros. Las tropas formaban en cuadro, y dentro de él, veinte pies más arriba de las bayonetas erectas, se erguía una horca monstruosa. Sujetos unos a otros por correas de cuero crudo o pedazos de cuerda vieja, los maderos de aquella horca eran lo bastante horribles para amedrentar al más intrépido malhechor. De la cruceta de palo colgaba un lío asqueroso de ropas: había un gorro de dormir, colorado, una camisa de franela amarilla a rayas negras y con las mangas puestas en cruz, unos calzones rotos y unas botas mohosas, arrugadas y con los tacones lastimosamente gastados. El gorro, las botas, la camiseta, todo estaba relleno de buscapiés, carretillas

y triquitraques, y dentro de los calzones había una bomba del más duro cartón, repleta de combustibles. ¡Aquella era la efigie de Judas Iscariote! El simulacro del traidor estaba allí colgado al despuntar la aurora...»

El espectáculo terminaba con la quema o estallido del muñeco, según lo hubieran fabricado, y que no siempre aparecía como en la descripción anterior; que también lo vestían con traje talar hecho adrede, semejante a los de los llamados *apóstoles* de la semana santa.

El viernes por la noche se notaban en la plaza y calles adyacentes los preparativos para la feria del sábado, y comenzaba a afluir la gente. Vendedores venidos de lejos, en su mayoría mujeres, pasaban como podían la noche o parte de ella en las aceras y puertas de las casas, especialmente hacia la esquina del establecimiento de don Pepe Durán (en el sitio en que estuvo hace poco el Hotel Washington).

Se colocaban ordenadamente las ventas dentro de la plaza, en los lugares al efecto señalados, puestas las cosas

según lo que fueran, en el suelo o en banquillos largos y angostos a manera de mostradores, algunos cubiertos con toldos ligeros. Todo lo asado o cocido que se podía comer allí no más, como bizcocho de maíz, pau dulce, tortillas, tamales, rosquetes de Alajuela, melcochas de Escasú, etc., etc., se vendía al pie de la verja, a todo el largo frente al Cuartel, a lo que se debió que fuesen dos de las vendedoras de esas cosas las que murieron de un tiro que se le escapó una vez a un soldado.

En medio de los ruidos y confusión de voces, se oían las de determinados vendedores que pregonaban sus artículos, como, por ejemplo, uno a quien conocíamos con el sobrenombre de *Buena-la-chicha*, porque decía a voz en cuello: «¡Buena la chicha para la sangre!», lo que fué parodiado de modo que no cabe aquí decir.

Corrientemente era la chicha a la sazón el refresco de las personas de reconocida sobriedad y temperantes, tanto que varias veces me mandaron a llevar un vaso de ella para uno de mis maestros, que es en la actualidad un distinguido profesional y represen-

tante del gobierno de Costa Rica en el exterior.

En las calles de los lados de la plaza, menos en la del Cuartel, se alineaban las *truchas*, o sea las ventas de ropas, cobijas, colchas, telas comunes, bordados, encajes, *tiliches*, etc., puestas bajo verdaderas tiendas o pabellones de lona o manta, armados sobre palos y sujetos con cordeles a los árboles, a la verja de la plaza y a estacas clavadas en el suelo. Los *trucheros* eran los mercaderes ambulantes, por lo general.

Si el tiempo estaba fresco y seco, era grato ir a la feria por vía de paseo, sobre todo durante las primeras horas del día. Se gozaba con la vista de las hortalizas, frutas y flores, con los incidentes y percances mil que sobrevienen en tales reuniones, con los chistes y ocurrencias, y hasta con el coqueteo franco de las jóvenes y las galanterías de los mozos. Algunas de las abuelas de hoy día atrajeron mis miradas cuando yo tenía nueve años o menos, precisamente por haberlas visto graciosas y contentas, coqueteando entre los montones de ayotes

o zapayos o los conos truncados de cebollas, o escuchando risueñas las almibaradas frases de sus galanes.

Pero si de pronto caía una lluvia torrencial, salíamos todos corriendo de la plaza, y aun los vendedores que carecían de abrigo iban a refugiarse bajo los aleros o en los umbrales de las puertas de las casas vecinas.

Cruzar la plaza de noche, después de las nueve, cuando estaba solitaria y apenas la medio alumbraban las rojizas luces de las lámparas de *can-fin*, a través de los tubos por lo común ahumados, equivalía para un niño a ejecutar un acto de valor. Allí podían hasta asesinarle a úno a mansalva. Un estimable e inofensivo joven extranjero, yendo para su casa, hacia el sudoeste, fué herido en la plaza una noche, por haber sido confundido, según se dijo, con cierto personaje político que sin duda solía pasar a la misma hora. Y en otra ocasión acometieron a garrotazos a un conocidísimo agitador político que fastidiaba a los gobernantes. Nunca se supo quiénes fueron los agresores.

Después de haberse dejado de utili-

zar la plaza para la feria del sábado y para *turnos*, cayó en gran abandono. Nacía y crecía el zacate a trechos y se formaban charcos en ella. Con decir que una vaca lechera de mi familia pastaba libremente en la plaza siempre que en la mañanita lograba salirse del potrero en que se la mantenía, se comprenderá bien el grado de ese abandono.

Lo que a muchos nos impulsaba a alejarnos en lo posible de la plaza era la circunstancia de estar frente al cuartel dicho. Esto ofrecía inconvenientes y peligros fáciles de adivinar. De día estaban perennemente los militares desocupados, en uno o dos escaños de hierro que tenían en la calle, próximos a la verja. De noche y en tiempos de alarma, no se podía pasar cerca del cuartel sin que lo requirieran a úno los centinelas.

En la madrugada del 29 de julio de 1877, pasé por la acera de la plaza, lado sur, para llegar a una panadería de un francés, la cual estaba donde se halla la casa de don Jesús Coto, minutos después de que cesara el tiroteo que hubo en el cuartel y de que

hubiesen recogido al malogrado joven don José Antonio Chamorro Mora frente a la Catedral, por estar herido de muerte. En casa no habíamos percibido los estampidos, ni yo ví cosa que me indicara lo que había sucedido, aunque sí noté con extrañeza que no había nadie en la plaza y sus inmediaciones, excepto en una ventana del alto de la casa opuesta a la de don Pancho Chacón (hoy de la Botica Francesa), donde se asomaban en silencio unos señores cubanos de los primeros inmigrantes. A poco, vuelto ya a casa, supimos la toma del cuartel y su pérdida inmediata por parte de los conjurados, varios de los cuales, así como el comandante del cuartel, murieron en la acción o a consecuencia de ella.

Los trabajos para reconstruir parcialmente la Catedral y reformarla, duraron como siete años, hasta la semana santa de 1878, en que fué abierta de nuevo al servicio. En ese tiempo se verificaron muchas ferias de las que en el país se denominan *turnos*, para recoger fondos, y las de más fama por su magnificencia y

rendimientos fueron en la plaza. No podría olvidar esos turnos que me entretuvieron en mi niñez. En el que considero el mejor de todos, ví llenar sacos con monedas de oro y plata en la mesa que presidía el amable señor obispo Bruschetti, Delegado Apostólico en Costa Rica.

El parquecito Central ocupa, pues, exactamente el mismo sitio que la plaza encerraba con su verja. Más y más adecentado, parece durante los *recreos* y *retretas*, una sala de brillante reunión, a la que concurren la juventud, la elegancia y la belleza. Por la mañana lo animan los niños encantadores con su alegría y sus inocentes juegos. Y también los viejos vamos a tomar el aire en él o a procurarnos tranquilo esparcimiento.

ALFONSO JIMÉNEZ

San José de Costa Rica, abril de 1926.

## Con que te casas...

—Imagínate, Luis, que he resuelto casarme.

—¿Esas tenemos?

—Dime qué te parece la resolución y si la apruebas.

—¿Por qué nó, Pepe? El matrimonio es santo, según San Pablo. Mas, para alegrarme por completo, debiera yo saber si has acertado en la elección.

—¡Ah! ¡Excelente muchacha! Difícilmente habrá otra que reúna tantas cualidades como las que a ella adornan.

—¡Lenguaje de todos los enamorados!

—Pues voy a decírtelas una por una.

—Y yo voy a escribirlas. (Al decir esto, saca Luis papel y lápiz y se pone en actitud de copista).

—Es rica, dice Pepe.

(Luis escribe un cero).

—Es bella como una rosa.

(Luis pone un segundo cero).

—Es joven.

(Luis alza la mirada con lástima y pone luégo un tercer cero).

—Es noble, de muy noble estirpe.

(Luis agrega otro cero).

—Es virtuosa, dice por fin Pepe, después de un momento de silencio e inquietud.

(Luis coloca un 1 delante de los cuatro ceros y abraza efusivamente a su amigo).

—La riqueza se gasta o se pierde, le dice; la belleza se marchita; la juventud pasa; la nobleza, sola, no da pan ni dicha. Únicamente la virtud da valor a las otras cualidades. Sin virtud, la riqueza es altanera e inútil, la hermosura enloquece, la nobleza es orgullosa e insufrible. Siendo virtuosa, la mujer rica hace felices a muchos, comenzando por su marido; la hermosa, añade encantos a sus bondades; la joven, anima con la esperanza de largos consuelos; la noble, aumenta el prestigio de sus mayores.

JOSÉ MANUEL CANTÚ CORRO

(De *La Idea*, de Quezaltenango)

## La adivinación fisiológica del pensamiento

Invitado por mi amigo el Sr. García Monge, asistí ayer a una pequeña reunión en la Biblioteca Nacional. Conversámos primeramente con el Prof. de Radwan Praglowski y presenciámos luégo dos de sus experimentos, quedando citados para una mejor repetición, la cual se efectuó lucidamente esta tarde ante los representantes de la prensa.

¿De qué clase de experimentos se trata? Yo respondo que de algo que cae completamente dentro del campo de la fisiología. El Prof. Praglowski no quiere entrar en ninguna discusión en cuanto a denominaciones, pero dice que está en el campo de la psicofisiología.

Los alemanes, los franceses y los ingleses emplean la raíz *psique* con demasiada ligereza. ¿No los oímos hablar hasta de psicosis, es decir, de enfermedades del espíritu, como si el ESPIRITU—si existe—pudiera enfermarse?

La expresión *psicofisiológico*, aplicada así particularmente a una clase de

fenómenos humanos, nunca la he comprendido. Si alguien me dice que todo en el hombre es puramente fisiológico, yo entiendo y le alargo mi mano. Si me dice que lo substancial es psicológico y que lo demás es simple ilusión, yo entiendo, pero le advierto a mi interlocutor que debemos sentarnos frente a frente. Si me dice que todo es a la vez psicológico y fisiológico, dado que en todo momento, mientras vivimos, somos a la vez un alma y un cuerpo, yo entiendo y exclamo: ¡quién sabe!

En otros términos: o todo es material en el hombre, es decir, determinable o determinado; o todo es inmaterial, es decir, esencialmente indeterminable, y lo físico es una apariencia; o todo es a la vez manifestación de una doble naturaleza, cuya disolución constituye la muerte.

Perdonada la digresión, volvamos al Prof. Praglowski.

¿Fueron una novedad los experimentos de ayer? — No. Muchísimas veces hemos tenido ocasión de observarlos.

¿Pero son importantes? — Sí, señor, en extremo importantes, precisamente

porque se refieren a un hecho común de nuestra vida orgánica: el ideomotorismo, y porque los ilustra un profesor inteligente, quien, despojándose de todo velo de misterio, sirve, por decirlo así, de lente de aumento, para hacer palpables una multitud de fenómenos triviales, pero no percibidos por la mayor parte de las gentes. Todos nos servimos del ideomotorismo, cada uno en su escenario. En grande escala lo utilizan los artistas, los oradores, los sacerdotes, los médicos, los jueces, los detectives, etc.

Con el nombre de ideomotorismo se afirma el hecho innegable de que toda operación mental va acompañada de cambios orgánicos (cambios del ritmo respiratorio, cambios del pulso, movimientos musculares, radiaciones, etc., etc.), los cuales cambios constituyen una verdadera revelación de dicha operación, ante quien, dotado de la indispensable aptitud natural, se ha dedicado a este género de investigaciones. Es más: algunos de dichos cambios pueden ser registrados físicamente, sin mediación de segunda persona. Pero esta inscripción es hoy por hoy

cosa insignificante al lado de las pruebas que pueden ser hechas con la intervención de una persona hipersensibilizada por autosugestión o por otro procedimiento adecuado.

¿Y qué tiene que ver el ideomotismo con la educación de la voluntad o el desarrollo del carácter? Dejo la respuesta al Prof. Praglowski, según su ofrecimiento.

En todo caso, quien reflexione bien sobre los experimentos del Prof. Praglowski, ha de comprender cuán gran parte de las influencias determinantes de la conducta está contenida dentro del individuo mismo. Y admitida la posibilidad del estudio científico de los factores de la conducta, quedan aseguradas las esperanzas del educador, del moralista y de todas las personas que creen en la eficacia de la enseñanza, de la disciplina y del self-esfuerzo, para la formación o desarrollo del carácter individual, base de la felicidad mayor o menor de cada uno.

ELÍAS JIMÉNEZ ROJAS

13 de abril de 1926. *La Tribuna*.

## Hoy como hace cien años

Párrafos de J. V. Lastarria

Nada más injusto que anular completamente el derecho de representación de los ciudadanos que no obtienen la mayoría numérica por falta de unos cuantos votos, por la de dos o tres, como sucede tan frecuentemente. Esto divide a los electores en dos campos que se tratan como enemigos, más bien que como conciudadanos; ha de haber un vencedor y un vencido que es necesario anonadar: no se trata de ejercer un derecho sino de excluir el derecho de otros, ni se aspira a ser representado sino a impedir que los otros lo sean. De aquí las animosidades y las violencias, los combates y los atentados contra el patriotismo y también contra la libertad de los electores.

La independencia del sufragio desaparece, pues aun prescindiendo de toda presión y de toda corrupción, el elector no es libre para votar conforme a su opinión o intereses, desde que se ve obligado para dar valor a su voto, a entrar en concesiones, compromisos

y coaliciones. Lo que importa es aceptar el candidato que tiene probabilidades de triunfo, aunque sea renunciando al que nos conviene. Así se forman esas *mayorías híbridas*, cuyo vínculo no es frecuentemente sino un odio común; y de aquí resulta la elección de las mediocridades, que son la peste del sistema representativo, como observa Stuart Mill, pues que los hombres de una personalidad acentuada por sus talentos o su carácter, son siempre los menos populares y los más inadecuados para servir las aspiraciones de las coaliciones políticas. No es esto solamente, pues al lado de tales resultados de la falta de independencia vienen las abstenciones, porque los electores prudentes u honrados prefieren quedarse sin representación, antes que renunciar a sus simpatías u opiniones, antes que comprar a precio de capitulaciones de conciencia o de repugnantes concesiones un triunfo incompleto o peligroso. Y si a la falta de independencia personal se juntan las restricciones del sufragio, la presión del poder gobernante y la corrupción que es su consecuencia, la

abstención voluntaria pasa a ser indiferencia y completo abandono del sufragio, y éste deja de ser un derecho y una función pública cuando es incierto y contingente... ¿Qué importancia puede atribuir a las elecciones un pueblo que no posee el sufragio, ni como derecho claro y positivo, ni como función pública digna de interés? ¿Se le podría condenar con justicia, ni hacerlo responsable por el abandono de un fingido derecho, que ni le satisface ni le sirve para proteger sus intereses o para afirmar sus libertades?

En la práctica de todos los tiempos la independencia del sufragio ha tenido por escollo la corrupción bajo todas las formas y disfraces de que pueden revestirla la imaginación y la sagacidad de los electores que la aceptan o de los candidatos que la provocan, o de los gobiernos que la utilizan. En la de la época moderna, su principal enemigo es la presión administrativa, porque desde que los gobernantes tienen un interés, aunque ilegítimo, en que no haya en la representación nacional una mayoría que los fiscalice,

ni siquiera una minoría que los incommode, ejercen presión sobre todos los funcionarios que de ellos dependen, violentan o corrompen a los electores y siempre se empeñan en arreglar la legislación electoral de modo de poder intervenir en las elecciones para hacerlas a su conveniencia.

---

---

## Miscelánea

Hablando del vuelo de España, digo, del vuelo de Ramón Franco, de Palos a Buenos Aires, dice Luis Araquistain:

Desde hace siglos se viene combatiendo el llamado individualismo español, o sea, su aversión a obrar mancomunadamente. Esto estaba bien, porque el individuo solitario o el pueblo compuesto de individualidades aisladas está condenado a indefectible impotencia en un mundo donde todo se organiza en escala cada vez más gigantesca. Pero el individualismo tiene también otro aspecto, una dimensión interior, según la cual el hombre aspira a dar de sí el máximo de su personalidad, a realizarse con toda plenitud. Con el sermoneo anti-individualista no se ha conseguido que el español se despersonalice en provecho del Estado o de la

sociedad, como un americano del Norte; pero, en cambio, se iba sofocando en él todo anhelo de ser como individuo, de expresarse en una personalidad eminente. Se le había desquijotizado sin haberlo sanchizado del todo.

\*  
\* \*

En resumidas cuentas, el poder lo ejercen quienes sufren la violencia, esto es, quienes practican la ley de no-resistencia al mal. Las mujeres, v. gr., aspiran a los derechos políticos y sociales, sin fijarse en que son ellas las que mandan, precisamente por estar sujetas a la fuerza. Los hombres tienen en sus manos las instituciones; pero las mujeres tienen en las suyas la opinión pública. Y la opinión pública es infinitamente más poderosa que las leyes y los ejércitos. El hecho solo de que la mujer tenga a su cuidado el fuego, los alimentos y todas las menudencias y no menudencias de la casa, siendo así el eje al rededor del cual gravitan las fortunas y, consiguientemente, los trabajos de los hombres, hace que la opinión pública dependa verdaderamente de las mujeres. Es la mujer quien decide del éxito de las obras

de arte y de literatura y quien, dueña de la opinión, elige a los hombres de Estado. Con razón se ha dicho que es a los hombres a quienes toca emanciparse.

TOLSTOI

(Traducción libre)

\*  
\* \*

Los que tienen dificultades son pocos; los que las andan buscando, muchos.

SÉNECA

\*  
\* \*

¡Oh los robustos viejos del siglo pasado! Oigase a Clemenceau a la edad de 85 años:

«A medida que los años pasan y que el fin se aproxima, me siento más y más atraído por la ciencia materialista».

*Ciencia materialista y determinismo científico* son expresiones equivalentes.

\*  
\* \*

.... Pero tampoco Rusia ha realizado impunemente «la expropiación de los expropiadores». Al cabo de una

década de hambre ha caído ya en la cuenta, en el último Congreso comunista, de que la alternativa al capitalismo no es el socialismo sino la miseria.

El ogro del tiempo no cesa de destruir capital. Las casas se caen, las máquinas se gastan, las tierras se inundan, los hierros se oxidan, los caminos se agrietan. La mera conservación de las riquezas existentes, sin contar con la necesidad de acumular recursos para preparar el trabajo de las generaciones venideras, exige una incesante creación de capital. El Estado no sirve para ello. El Estado no sirve sino para consumir los recursos que el ahorro particular concentra. Y mientras el Estado no muestre para hacer dinero la misma capacidad que revela para gastarlo, ¿no es cándido imaginarse que pueda sustituir a la propiedad privada en la función de crear los capitales necesarios? El socialismo no es alternativa al capitalismo. O se tiene dinero o no se tiene. Esta es la verdadera alternativa. Y la carencia de dinero es la miseria.

RAMIRO DE MAEZTU



Hemos resuelto cortar las relaciones  
con los periódicos extranjeros que  
toman algo de nuestras páginas sin  
indicar que la traducción o selección  
===== ES AJENA =====